

LA VERDAD DE LA LIBERTAD

siempre: La santidad no es una utopía, sino una hermosa realidad. Vivamos como Sonia esclavos de la voluntad divina.

Y con la Virgen María, seamos esclavos del Señor. Digamos con Ella: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según Tu palabra». Vivamos la esclavitud mariana, vida cristiana reservada por Dios Nuestro Señor para los últimos tiempos. Sí, siempre fieles hijos de la Virgen Santísima. Vivamos en su regazo como niñitos confiados y alegres. En fin, con Juan Pablo II, el Papa de la Virgen, digámosle a Nuestra Madre del Cielo:

TOTUS TUUS MARIA

Sí. Vivamos la esclavitud mariana. Así viviremos la auténtica libertad de los hijos de Dios.

LA VERDAD DE LA LIBERTAD

Palabras en el Acto Litúrgico final de la XXVI Reunión de amigos de la Ciudad Católica, en el Tibidabo, el 13 de octubre de 1987.

Gracias, Señor, por habernos dotado de libre albedrío, y habernos señalado cauces de realización perfecta de la libertad, que son las tablas del Sinaí y las Bienaventuranzas evangélicas.

Gracias también, Señor, por hacernos responsables del ejercicio personal y social de nuestra libertad. Ni nos sentimos condenados a ser libres ni nos preguntamos escépticamente «la libertad para qué». Aprendimos de Ti y de tu Santísima Madre a decir sí al Padre, que nos llama a ser perfectos por libertad y gracia, como Tú eres perfecto por naturaleza.

Sabemos, Señor, y estos días lo hemos repensado bien, que nuestra libertad o autonomía no es absoluta. Originariamente no nos hemos hecho nosotros libres, sino que somos hechura tuya, y, formalmente, el ejercicio de nuestra libertad limita necesariamente, en su principio, la apetencia del bien en común, y en su término, la saturación definitiva de la posesión de Dios en el Cielo, donde los Bienaventurados no podrán apetecer ni elegir otra cosa. Santa Teresa expresaba esto así: «¡Oh cuándo será aquel dichoso día; que te has de ver ahogado en aquel mar

infinito de la suma verdad, donde ya no serás libre para pecar, ni lo querrás ser, porque estarás seguro de toda miseria, naturalizado con la vida de Dios!». (*Exclamaciones del alma a Dios*, 17).

También sabemos, Señor, que nuestra libertad relativa en su peregrinaje terrenal corre muchos riesgos, sobre todo el del pecado, de la pérdida del sentido del mismo y del sentido de Dios y consiguiente responsabilidad religiosa, y esto tanto en el ámbito personal como en el social (pecado colectivo).

Tú nos has dicho que «la verdad nos hará libres» (*Jn.* 8, 32). Es la verdad sobre Ti, sobre nosotros y nuestras responsabilidades personales y sociales, y la verdad sobre la misma libertad, tan mal comprendida y utilizada por el liberalismo personal, moral, socio-político y religioso. En esta XXVI Reunión de amigos de la Ciudad católica los organizadores nos han ayudado a pensar en la verdad de la libertad. El uso santificador de la libertad ha de ser en la verdad: «santificalos en la verdad» (*Jn.* 17, 17).

Tu Iglesia, Señor, nos ha enseñado que el Socialismo no es auténtica libertad socio-política, porque no parte de un concepto de auténtica libertad y de su dignificación. Con mayor concreción, distintos conferenciantes han reivindicado la debida libertad de los cuerpos o instituciones intermedias naturales, frente al absolutismo estatal, sea dictatorial o democrático, a la vez que fijaban los justos límites a la disgregación de nacionalidades, con funestas concomitancias de enervación y desviación religiosa.

Así como el buen uso de la libertad engendra la virtud o procede de ella, y cuando es compartido o participado por los demás constituye el ambiente de la Ciudad Católica o Ciudad de Dios, el abuso personal y colectivo de la misma conduce a la degeneración o ruina de la Nación y al dominio de satanás.

Nuestra Reunión termina el día de la Fiesta de Nuestra Señora del Pilar. Asumo las últimas palabras de la oración del Oficio Divino de hoy: «Concédenos, por su intercesión, fortaleza en la fe, seguridad en la esperanza y constancia en el amor».